

E. MIRET MAGDA LENA

Acabo de conocer a un agregado cultural, a un extranjero muy alejado de nuestros países latinos. Y constantemente me está preguntando sobre lo que acontece en el mundo eclesialístico y eclesial español, porque cuando le parece entenderlo es cuando más perplejo se encuentra por algún nuevo acontecimiento que desborda su esquema explicativo. Mi idea, sin embargo, es clara: la moderación termina por entenderse. Lo que no pueden entenderse son las fuerzas extremadas con otras que tengan un concepto moderadamente liberal de la vida.

Y este análisis, sin ningún juicio de valor, de la manera más objetiva posible, es el que quiero hacer para aclaración de lo que muchos no comprenden.

Este será, además, el nuevo esquema que permita comprender el cambio —evidente cambio— que se ha producido en las relaciones entre la Iglesia y el Estado español.

El cardenal Tarancón ha dicho a los periodistas en Roma: "Hay un clima de distensión en las relaciones Iglesia-Estado". Aclaremos esta frase.

La Iglesia es, por supuesto, un término vago e inconcreto que recubre muchas cosas diferentes. Pero en esta ocasión se está refiriendo nuestro arzobispo de Madrid a varios estamentos importantes del catolicismo. En primer lugar, al clero altamente situado, y en particular a la mayoría de los obispos, que —como he dicho otras veces— forman un conjunto moderadamente liberal. En segundo lugar, a la Santa Sede, desde el Papa, pasando por organismos como la Secretaría de Estado, y llegando hasta la mayoría de los dicasterios burocráticos del Vaticano. Y, por último, se refiere a esa masa católica media que en nuestro país se ha "vaticanizado", creyendo que el futuro del catolicismo hispano se encuentra en la administración de unas píldoras de Concilio moderadamente suministradas. En cambio, no quedarían representados con esa palabra los grupos más progresistas del catolicismo patrio, el clero que tiene una inclinación a las posturas de izquierda y los eternos inconformistas religiosos, sean de derecha o de izquierda, que no pueden aceptar, por temperamento o por convicción, esta moderación que ha producido la distensión.

De parte civil, sin duda, el nuevo gobierno se encuentra dentro de un esquema parecido al de la alta Iglesia, con su matiz realista y promesas de moderada y paulatina liberalización en algunos aspectos, que fueron el caballo de batalla esgrimido antes por esta renovada moderación católica del país.

Ahora, que se produce este acercamiento entre esos estamentos eclesiales y civiles, es cuando es posible —por otro lado— que se

produzca en el seno del catolicismo español una más profunda escisión, al no estar conformes los más extremos, de la izquierda y de la derecha, con esta "real-politik" eclesialística.

Pero nadie crea que, ni por parte civil ni por parte eclesialística, vamos a volver al maridaje oficial que existió en España desde hace siglos entre Iglesia y Estado.

No. El cardenal Tarancón vuelve a repetir en estos momentos una fórmula que ha esgrimido otras veces, y que me parece coincidir con el anhelo realista del actual gobierno: "Es preciso establecer una independencia mutua, y una cordial colaboración".

Todos los moderados del país, y algunos otros que no lo son, han comprendido que tanto siglo de confusión político-religiosa no pueden ni deben ser continuados. Unos por razones sociológicas —el país, ya no es una nación tan clerical ni tan religiosa como antes—, y otros por razones ideológicas, piensan que el cristianismo debe mantenerse en otro plano distinto del de la protección a ul-

EL ABRAZO DE VERGARA

tranza, por un lado, y el de la concesión constante de privilegios, por otro.

El Papa que, como arzobispo de Milán, bien conocido fue por su postura personal cuando corrían otros vientos menos moderados por España, ahora acaba de hacer unas declaraciones de distensión, y no de reticencia o de oposición, bien distintas de las que hacía entonces.

Y a todo esto se añade otro aspecto que no podemos dejar de recordar: el espaldarazo dado por el Papa a la actuación mayoritaria de nuestros obispos, y a la diplomática y serena actuación del Nuncio en los recientes acontecimientos eclesiales producidos en Madrid, que no gustaron a los más extremistas de la derecha religiosa y política.

Un grupo cada vez más pequeño de obispos, que antes representaban la mayoría, van mostrando su disconformidad con la actual nueva mayoría episcopal más liberal y abierta. Con sus actuaciones, o utilizando doctrinalmente sus boletines eclesialísticos diocesanos, expresan aquéllos una postura rígida en todos los terrenos. Ahí están la extensa pastoral del obispo de Sigüenza contra los objetores de conciencia, y las declaraciones de rigidez doctrinal y de unión estrecha

Iglesia-Estado de monseñor Guerra Campos.

Sin embargo, nos encontramos en vísperas de un nuevo abrazo de Vergara eclesialístico. Para fines de febrero se reunirán en El Escorial seis obispos representativos de las tres tendencias fundamentales dentro del episcopado con monseñor Tarancón y con el arzobispo de Toledo, a fin de coordinar posturas, intentando llegar a una romántica paz octaviana. Dos obispos conocidos por sus posturas cerradas, el de Sigüenza y el de Orense, dialogarán con el de Córdoba y el de Granada, que representan una más moderada postura, y a ellos se unirán dos más, conocidos por su un poco mayor apertura eclesial, social y política: monseñor Dorado, obispo de Cádiz, y monseñor Osés, administrador apostólico de Huesca.

¿Qué se puede prever de esta reunión? No lo sé, ni es fácil predecirlo, pero lo que no cabe la menor duda es que, por parte alto eclesialística, se está haciendo un esfuerzo excepcional por dar una imagen más compacta y unida del episcopado español, que, a pesar de las bienintencionadas declaraciones después de las últimas conferencias episcopales, no existía en la realidad, ni será fácil que exista en el porvenir.

Y, para terminar, está el problema del Concordato, que quedó paralizado, después de la espectacular venida de monseñor Casaroli a Madrid, cuando hacía varios años que no se conseguía un paso tan decisivo por parte de la Santa Sede, para renovar la anticuada y anacrónica fórmula concordataria que hemos vivido estos años de posguerra, y que se inspiró en la tónica cerrada vivida por nuestro siglo XIX.

Vuelve a la palestra el tema de la renovación de Concordato, y se esperan nuevos contactos que cambien esta situación que quedó cerrada, tras esa reciente primavera aparentemente renovadora, pero efímera. Es posible que se llegue a esa fórmula —que nunca acabé de comprender— de los acuerdos parciales, o que se haga un nuevo Concordato más en consonancia con los tiempos.

Lo que veo cada vez más alejado del panorama es la ilusión, que tenemos bastantes católicos y no católicos, de conseguir que la Iglesia, en un gesto decisivo de desprendimiento, acepte el vivir como cualquier otro español, grupo o individuo, acogida solamente a la legislación general del país.

Pero lo que no puede esperarse es una unanimidad católica, porque cada vez tenemos que convencernos más de que el catolicismo debe ser un universalismo, manifestado a través de un pluralismo de hecho que, desde ahora, siempre existirá en la Iglesia, a menos que la Iglesia desee convertirse en una secta, lo cual sería contradictorio con el apellido "católico".